

S. O. D. I. P., S. A.

Una sociedad belga reúne desde hace varios años, una documentación permanente y sistemática sobre la prensa periódica mundial (diarios, revistas, periódicos de todas clases) y pone dichas informaciones a la disposición de sus clientes con carácter gratuito.

De manera que es posible, gratuitamente:

- Obtener la lista de publicaciones tratando sobre materias determinadas.
- Recibir un ejemplar gratuito de un periódico cualquiera.
- Conocer el precio del abono de toda publicación, en pesetas, al cambio en curso y pagadero, sin más trámites, en una entidad bancaria española.

Dado que la mayoría de los anuarios de prensa están, o bien incompletos o con informaciones caducadas y que, por añadidura no se encuentran al alcance de todos, esta iniciativa hace posible el acceso a informaciones valiosas de fuentes dignas de crédito y proporciona el medio práctico y rápido por excelencia para la suscripción de un abono de cualquier publicación que se trate.

En realidad, por este procedimiento la diferenciación entre prensa nacional y extranjera queda suprimida y todas las publicaciones son igualmente accesibles.

Para informaciones, dirigirse a S.O.D.I.P., s.a., 66 rue du Mar-teau. BRUXELLES (Belgique).

DEDICADO A...

Por JUANIN SANCHEZ GARCIA

Cuando sueño en las noches tranquilas
en loco ajeteo

con su mágica y bella figura
¡qué triste me quedo!

Cuando el sueño se apaga de pronto
¡la rabia que siento!

Mis pupilas se llenan de lágrimas
en cuanto despierto,

y del cielo parece que paso
al lúgubre infierno.

Cien violines soné que pulsaron
sus notas al viento

y melódicos vales rasgaban
el aire funesto.

Un encanto de vales divinos

llamáronme al cielo

cual palomas que se alzan dichosas
en lánguidos vuelos.

Es un mar de ilusiones felices

sus ojos morenos,

un embrujo de locas pasiones

parece su pelo,
y sus labios de rojos carmines
promesas de fuego.

¡Qué fragancias de ricos aromas
reparte su pecho!

Son seráficos cantos de coro
sus cálidos besos;

y la brisa peinaba mimosa
su largo cabello.

¡Qué dulzura de cuentos de hadas!

¡Qué derroche de amor en silencio

cúando toda su enhiesta figura
reclinaba celosa en mi pecho!

Un tropel de palomas y mirlos
posaron su vuelo

en las ramas gigantes y extrañas
de chopos y fresnos;

que rodean con mágicas copas
mi viejo aposento

y su trino de plata y de oro
se oyó en el silencio.

Deshízose el hechizo de las notas
rompiéndose el embrujo de los sueños
y todos los encantos de la noche
cayeron moribundos por el suelo.

HACIENDO MEMORIA

Yo hablé con los reyes



AY quien se disgusta cuando, metido en la cama, no consigue conciliar el sueño. Nosotros, quizá por ese adagio que dice: «El que mucho duerme poco vive» o, quien sabe, si pensando lo cuesta arriba de años en que ya estamos metidos, somos un poco contrarios a los de la desazón y, la mayoría de las veces, porque tampoco es siempre, cuando tenemos unas horas de insomnio en el lecho procuramos vivirlas recordando, entre el silencio y la obscuridad, esa multitud de cosas que suceden durante toda una vida y que nos pasaron hace unos años, unos meses o solamente unos días.

Incluso aseguraríamos que recordamos mejor los sucedidos antiguos que los más cercanos y ¡es tan agradable volver a la niñez o a los años mozos...!

Ahora, con motivo de la nueva Ley Orgánica del Estado en vigor y sus posibles consecuencias de un futuro Reinado, vienen a nuestra mente dos episodios que nos pasaron en la infancia y que vamos a relatar.

* * *

El primero fue en el parque zoológico de Madrid adonde, acompañado de unos familiares, habíamos ido en plan de pasar la tarde y también como curiosidad de conocer el nuevo inquilino: un enorme Tigre de Bengala que acababa de llegar y cuya adquisición se debía a un magnate indio gran amigo de España. El anuncio del terrible felino en el Zoo atrajo a mucha gente y, cuando yo estaba metido entre el barullo y pegado a la jaula de la fiera noté que las personas mayores se retiraban y que nos quedábamos solos los cuatro o cinco niños que coincidíamos allí. Pero no fue así porque, seguidamente, la mano de una mujer muy elegante me acariciaba la cabeza al tiempo que me preguntaba:

—Dime, ¿te gustan estas fieras tan grandes?

Levanté mis ojos y miré la cara de la señora que me hablaba. Estaba vestida de blanco, tenía sombrero del mismo color y un abanico precioso. Balbucí unas palabras y, más bien, contesté afirmativamente moviendo la cabeza.